



GUILLERMO SACCOMANNO
Bajo bandera



BIBLIOTECA
SACCOMANNO



Guillermo Saccomanno

Bajo bandera



Humillación y valor

*YO VIVÍA EN EL BOSQUE MUY CONTENTO,
caminaba, caminaba sin cesar.
Las mañanas y las tardes eran mías;
a la noche me tiraba a descansar.*

Los padres de la patria habían sido hombres de armas. Y ahora, sus hijos dilectos, los hombres de armas, una vez más, gobernaban el país. Hacía tres años que gobernaban. En 1966, un general de caballería, que alguna vez había prestado servicios en el Comando de Remonta y Veterinaria y estudiado en West Point cómo vigilar la patria y custodiar nuestros destinos del enemigo rojo, había asumido la presidencia. Como tantos golpes de Estado, éste también había contado con la anuencia y complicidad de la Iglesia, la Sociedad Rural, los monopolios, los políticos y los sindicalistas burócratas del peronismo. Con su bigotazo adusto, que según se decía disimulaba su labio leporino, con su ceño adusto y su actitud marcial, el general Juan Carlos Onganía era el hombre fuerte de un gobierno fuerte que los habitantes de este país, hijos del rigor, necesitábamos. Esta vez, la dictadura eligió el título de Revolución Argentina. Pero en las fábricas y en las aulas, la persecución se seguía llamando persecución y la tortura, tortura.

*Pero un día vino el hombre con sus jaulas;
me encerró y...*

Era una tarde soleada, caliente y pegajosa. Era marzo, pero parecía enero. Había llovido toda esa semana, como una insinuación del otoño. Y después, cuando paró de llover, esa mañana, el cielo se despejó y la temperatura subió y subió secando las calles de la ciudad, ofreciendo un radiante día de verano.

Pero el tiempo no coincidía con nuestro ánimo. En esa tarde el calor era combustible entre nuestros cuerpos sudorosos, expectantes, nerviosamente agujoneados por la electricidad del suspenso que se condensaba en ese playón de un cuartel de Palermo. Teníamos veinte años. Y, de golpe, sólo nos teníamos a nosotros mismos. Y tal vez, ni siquiera. Pero entonces, todavía, no lo sabíamos.

Por fin empezábamos a movernos, con las camisas y las chombas adheridas al cuerpo, escuchando nuestras zapatillas y mocasines arrastrándose o taconeando sobre el cemento, sobre las baldosas después, caminando hacia el enrejado, una enorme doble puerta de barrotes que se abría. Y el inabarcable contingente de colimbas, extendiéndose hasta donde se perdía la vista, iba saliendo en cuádruple fila escoltado por los oficiales y suboficiales. Tampoco todavía distinguíamos a unos de otros. Y los llamábamos indistintamente “señor”.

—El Señor está en el cielo, tagarna, soy cabo primero. Para usted *mi* cabo primero.

—Sí, mi cabo primero.

Nos habían entregado una bolsa de rancho, latitas de paté, un pan duro y un plato, un jarro y una cuchara de aluminio. También nos dieron una manta. Vestidos de civil, con vaqueros, remeras, una campera bajo el brazo, un pulóver colgado y la bol-

sa de rancho cruzada en el pecho, la frazada al hombro, flanqueados por los milicos en ropa de combate, parecíamos presos. “Prisioneros de guerra”, escuché. Caminábamos despacio, tensos, contenidos. Si una sonrisa surgía en los rostros desahuciados, respondía más a una estratagema contra la incertidumbre que a una auténtica alegría. No estábamos contentos. No podíamos. Poco antes nos habían informado cuál era nuestro destino: el sur. Y, si se oía una risa, sonaba a tristeza disfrazada.

Las columnas avanzaban y se detenían, avanzaban y se detenían. Y al mirar a los costados, los ojos pretendían fijar los detalles, como si nos despidiéramos para siempre: los árboles, los bares, el tráfico interrumpiéndose para abrirnos paso, las bocinas que sonaban, el cruce de Dorrego y Santa Fe. Y allá arriba, adelante y a la izquierda, por encima de las cabezas, oscuro contra el cielo de un azul technicolor, el puente Pacífico del ferrocarril. Quienes todavía caminaban por la vereda del cuartel, bajo el túnel de sombra de las tipas y los jacarandás y quienes, en la vanguardia, ya subían hacia la estación, todos y cada uno de nosotros, sin excepción, buscábamos grabar ese momento, reteniendo la fragancia verde de las copas, el aliento que emanaban las pizzerías de la avenida y el calor de la resolana ascendiendo del asfalto hirviente.

Cada dos por tres se levantaba un brazo, saludando frenético y un nombre gritado hacía volver las caras en esa dirección.

Porque familiares y amigos seguían las columnas hasta los andenes como si acompañaran a difuntos. Las mujeres lloraban. Para ellas nos íbamos a la guerra.

A mí me vinieron a despedir mis padres y mi hermana. También algunos amigos.

—Te vamos a extrañar —me dijo el viejo—. Sé fuerte y no aflojes.

—Quedáte tranquilo —le dije.

Me pareció que era él y no mi madre quien estaba por llorar.

De golpe, se desprendió de su reloj y me lo alcanzó a la ventanilla del tren.

—No —le dije—. Lo puedo perder.

—Tomá —insistió, con severidad impostada—. Lo vas a necesitar.

—Cuidáte, nene —dijo mi madre.

—Sacáte una foto con la nieve —dijo mi hermana.

En medio de una confusión de gritos y llantos, el tren se puso en marcha.

Y yo también grité:

—¡Escriban!

*En el circo me enseñaron las piruetas
y yo así perdí mi ansiada libertad.*

Al mes, rapados como internos de un loquero, nos asomábamos al reflejo del agua estancada en un recodo del río Chimehuin, cerca del Huechulafquen, donde estábamos acampados en esas semanas de instrucción.

Nos costaba hacer encajar la imagen que cada uno conservaba de sí con ese rostro desfigurado por el agotamiento y el hambre, un rostro ajeno reflejado sobre un fondo de piedras grises, en el espejo de un río de deshielo. El viento frío, cortante, de golpe, volvía a enturbiar con violencia la contemplación, diluyendo con sus ondas inquietas los rasgos del desconocido en el agua.

En el vivac, había empezado a sentirse el hambre. Los chatos se agarraban a trompadas por un pedazo de pan. Y había unos cuantos que podían acuchillarte por un hueso de caracú. Una mañana temprano, cuando la niebla no se había aún levantado sobre el río, el principal Domínguez, la Chancha

Domínguez, bailó a un chato por usar el dentífrico para untar el pan como si fuera manteca. Y el chato, cuerpo a tierra sobre los cardos quemados por la helada, se reía. Desde las carpas, nosotros lo mirábamos sin entender qué lo divertía tanto.

A los únicos que no parecía afligir esta vida era a los chatos de la zona. Así se los llamaba: los chatos de la zona. Eran descendientes de los indios que habían sobrevivido a la campaña del desierto y al avance del progreso, si es que entre estos cerros, en la precordillera, podía haber algún progreso. A fines del siglo pasado, Adolfo Alsina, ministro de guerra del presidente Avellaneda, había dicho que el mejor sistema para concluir con los indios era la guerra ofensiva. Entonces Roca emprendió su campaña. Y fue el exterminio. Por lo general, los chatos eran mapuches, los últimos mapuches. Y procedían de pequeñas comunidades, de no más de veinte familias, que vivían de la cría de cabras y ovejas. En Malleo estaba la Reserva Mamá Margarita, se suponía que al cuidado del ejército.

Unos meses después, cuando Martínez, alias Chofitol, el enfermero, volvió de una inspección sanitaria en la reserva dijo:

—No nos quejemos, muchachos. Allá, están peor que nosotros. Y ni siquiera tienen el consuelo de plantar en un año.

Podían apellidarse Cañicul, Pichiñanco. Silenciosos, raramente sus caras de terracota, impasibles, trasuntaban qué sentían, qué pensaban. Para los soldados de la ciudad eran enigmáticos. Aunque tal vez no fuera tan difícil descifrar esos ojos. Tenían la mirada muda de generaciones de sufrimiento callado, la pobreza y el frío. En la vida civil, estaban condenados a la extinción. Con suerte, podían conchabarse en una estancia o un aserradero, ganando miseria. Si enganchaban en el ejército como baqueanos, a cambio de sus conocimientos del terreno recibían uniforme, techo y comida.

Y cuando los reclutaban para hacer la colimba, se alegraban. En el cuartel, al menos, tenían asegurado el mate cocido, el pan y la comida hedionda del rancho. Para ellos la instrucción era como una colonia de vacaciones.

A la caída del sol, aprovechando un descanso, yo me metía en la carpa y, recostándome de costado sobre la colchoneta rellena de paja, con la cabeza sobre la muñeca, escuchaba mi reloj. Cerraba los ojos y escuchaba. Los latidos del mecanismo, poco a poco, crecían hasta ser detonaciones. Entonces no oía ni el viento ni las voces ni los movimientos del exterior. El tiempo transcurría, cada segundo más veloz, cada segundo más ensordecedor, cada segundo más negro, arrojándome lejos del cuerpo. Y al abrir los ojos era de noche.

Durante esa primera semana de instrucción fueron evacuados los asmáticos y los epilépticos. Después, a uno que se cortó las venas con una lata de ración. Cada mañana las pulmonías y las diarreas cobraban nuevas víctimas. Cagábamos todos escalonados en la misma ladera del mismo cerro, protegiéndonos del viento, mirándonos el culo. Ahora entendíamos los de la capital qué querían decir los del campo con eso de “echa más humo que sorete en invierno”. Pero todavía faltaba para el invierno.

El polvo, el barro, la mugre, y las lastimaduras eran nuestra piel; una costra tan espesa como nuestro ánimo. Los milicos no se conformaban con doblarnos. Te quebrabas ahí. O seguías adelante. En la oscuridad de las carpas, fumando a escondidas, apreciábamos el valor de cada pitada mientras la tormenta golpeaba la lona. Y el hambre, constante, en las encías. No nos quedaba otra alternativa que fundar solidaridades chicas.

*Conformáte, me decía un tigre viejo,
nunca el techo y la comida han de faltar.*

*Sólo exigen que hagamos las piruetas
y a los hijos podamos alegrar.*

Se decía que para abril tendríamos la primera nieve. Pero ya era abril, habíamos regresado al cuartel y ni noticias de una nevada. Pensábamos en la nieve como en una bendición, una magia redentora. Porque muchos no habíamos visto nunca la nieve.

Los soldados viejos nos cargaban:

—Ya van a tener nieve —nos decían—. Ya van a tener.

Y por el modo en que lo decían, advertíamos un vaticinio funesto.

Todavía quedaban soldados viejos. Andaban siempre de a dos o de a tres, como al acecho. Y sus miradas astutas, como radares, eran para desconfiar. Nos rondaban, iban y venían husmeando por la cuadra, mirando de reojo nuestras pocas pertenencias de civil. Nosotros teníamos por delante cuanto menos un año. Y para qué íbamos a precisar ese vaquero, ese pulóver. Eso parecían pensar. Cuando se nos arrimaban, los sumbos los espantaban como a perros flacos. Sin embargo, había una especie de complicidad en ese trato. A su manera los soldados viejos tenían un aire de familia con los sumbos. Finalmente, sus verdugos habían conseguido asimilarlos a su noción de la existencia, compuesta por diferentes jerarquías de humillación y sometimiento. Ahora podían sentirse gran cosa los viejos, porque el peldaño más bajo lo ocupábamos nosotros, los tagarnas. Y por más que los sumbos los apartaran, al rato volvían a merodearnos, radiografiándonos con sus ojos de zorro, alertas a pesar de su indolencia.

*Conformáte, me decía un tigre viejo,
nunca el techo y la comida han de faltar...*

—Acá nadie roba —nos gritó la Conchuda Nabeiro—. Nadie. En el ejército sanmartiniano no hay ladrones.

En la cuadra, frente a él y frente a toda la compañía parada en calzoncillos al pie de su cama, estaba el Topo, temblando, desnudo, con un calzoncillo encapuchándole la cabeza.

—¿Usted le robaría el fusil a un camarada, soldado? —le preguntó a otro, firme, rígido.

—No, mi subteniente —gritó el soldado.

La Conchuda se paseaba frente a la compañía muda. Y en el silencio de la cuadra sólo se escuchaban sus pasos, el ruido que hacía el ladrón al tragarse los mocos. Y las ráfagas intermitentes del viento de la tarde zumbando lúgubrememente en el techo.

—El fusil es como la novia, soldados —siguió la Conchuda—. El fusil es la novia del soldado.

Y encaró a otro:

—¿Usted le robaría la novia a un camarada, soldado? —No, mi subteniente.

—Cada elemento que se les suministra, soldados, es para el combate. Hasta un calzoncillo. ¿Para qué es el calzoncillo? Para no perder las pelotas en el momento del combate, soldados.

Y desde el extremo de la fila, porque la Conchuda estaba parado en el extremo de la fila, al fondo de la cuadra, y uno se daba cuenta de dónde estaba ahora por el rebote de su voz contra las paredes, uno se daba cuenta aunque no pudiera mover la cabeza y tuviera que mantener la vista en el frente, apuntando a los ojos de otro soldado en la otra fila al pie de las camas, tal vez cambiando una mirada con el otro, y entonces, cuando las dos miradas se cruzaban unidas por el mismo hilo de terror invisible, escuchabas la voz y los pasos lentos, seguros de su autoridad, viniendo nuevamente hacia este lado, hacia el Topo, que respiraba a través del calzoncillo la atmósfera envenenada de la cuadra, con una respiración entrecortada y ruidosa.

sa, esforzándose por atenuar un sollozo, mordiéndose, aterrizado, y uno podía darse cuenta de que el Topo estaba aterrizado aunque no pudiéramos verle la cara, encapuchada por el calzoncillo que le había puesto la Conchuda después de hacerlos formar. Porque un rato antes un sumbo había descubierto al Topo hurgando los cofres de los soldados viejos:

—Me falta el calzoncillo —había dicho el Topo. Y tenía un calzoncillo en la mano.

—Pero éste no es suyo, tagarna —le había dicho el sumbo—. Es el calzón de un camarada.

Y el Topo le había contestado:

—No, es el mío, mi cabo. Lo reconozco.

Y justo entonces la Conchuda había entrado en la cuadra.

—Déjeme solo con la compañía, cabo —le había ordenado la Conchuda al sumbo. Y así estábamos, firmes, la vista al frente, y el Topo, desnudo, encapuchado, de pie y tembloroso entre las dos filas, como si fuera a ser ajusticiado, gimiendo en el silencio entrecortado por el taconeo de la Conchuda y el viento que ronroneaba contra las ventanas.

—En Arabia, soldados, a los ladrones se les cortan las manos. Pero, claro, éste no es el ejército árabe. Éste es el ejército argentino. Y en el ejército argentino tenemos un castigo para los ladrones. Así sean ladrones de calzoncillos, soldados.

—Yo no robé nada, mi subteniente —dijo el Topo, suplicante, cambiando de posición, girando hacia la Conchuda, hablando a través de la tela del calzoncillo.

Los gritos de la Conchuda petrificaron de nuevo al Topo:

—¿Quién mierda le ordenó que se moviera, ladrón? Firme, carajo. En la cuadra nadie se mueve. Firmes.

Y comenzó a dar vueltas alrededor del Topo, despacio, observándolo con una sonrisita cruel.

—Para los ladrones, está la estaqueada. Y está el calabozo.

Otra vez el silencio.

—Sépalo la compañía. Este ladrón, soldados, va a ir a los panzazos a su castigo. Y va a estar en los dos por uno hasta que se pudra. Y hasta que yo me canse.

—Yo no fui, mi subteniente —balbuceó el Topo a través de la tela, a punto de gritar.

—¿Quién lo autorizó a hablar?

—...

—¿Quién, mierda?

—...

—¿Y entonces?

—...

—El ladrón piensa que el subteniente es un pelotudo. Porque los ladrones siempre se creen muy piolas. Hasta que los descubren. Y entonces se los encierra. Como usted va a ir al calabozo, tagarna. Y va ir por ladrón. Y por tomarme por pelotudo. ¿Usted me toma por pelotudo, soldado?

—No, mi subteniente.

—El subteniente no es ningún pelotudo. Ni es un hijo de puta, soldados. Aunque ustedes piensen que soy un hijo de puta cuando estoy haciendo lo correcto, como castigar a un traidor. Sin embargo, pienso que todo el mundo merece una oportunidad. Y por eso, estoy dispuesto a darle una oportunidad a este ladrón. Claro, se la voy a dar si el ladrón reconoce lo que es, si grita bien alto, para que todos lo podamos oír, que es un ladrón. ¿Lo va a gritar, soldado? ¿O tengo que patearle las pelotas?

Hubo como un reflejo instintivo en el Topo, un estremecimiento que no pasó de escalofrío. Porque no se llevó las manos a los testículos: permaneció firme, en su desnudez, con la cabeza erguida envuelta por el calzoncillo.

—No, mi subteniente —dijo.

—Estoy esperando, soldado.

—Soy un ladrón —dijo el Topo.

—Fuerte.

—¡Soy un ladrón!

—Más fuerte.

—¡Soy un ladrón!

—Más, tagarna. Más alto.

—¡Soy un ladrón! ¡Soy un ladrón! ¡Soy un ladrón! —y todos pensamos que el Topo se había vuelto definitivamente loco gritando: “¡Soy un ladrón! ¡Soy un ladrón!”, gritando sin escuchar sus propios gritos, sin reparar que la Conchuda, ahora, le gritaba:

—Basta, soldado.

Y hacia nosotros:

—Pero dudo que los delincuentes sepan apreciar una segunda oportunidad. Y por eso, soldados, porque mi experiencia me dice que estos tipos no se enmiendan, lo voy a llevar, igual, a los panzazos, a un dos por uno.

Y todos sabíamos que el Topo no había robado. Habían sido los soldados viejos. Pero nadie, ninguno, ni siquiera el Topo, el propio acusado, podía decirlo. Porque si había algo que uno no debía ser era un alcahuete.

Y de este modo, el Topo fue uno de los primeros de todos nosotros en conocer los calabozos, de donde salió, callado, ojeroso y pálido, una semana después.

—Me la voy a cobrar —me dijo—. Ya van a ver esos guachos. Y los voy a cagar donde más les duele.

A nuestra vuelta de la instrucción, los soldados viejos contaban los días que les quedaban hasta la baja, apurándonos para que nos aprendiéramos cuanto antes sus tareas y pudiéramos reemplazarlos de una vez por todas. Al mirar el almanaque, nos refregaban todo el tiempo que teníamos por delante.

Y nuestro tiempo merecía ser contado con marcas en las paredes, como el tiempo de los condenados.

Yo consultaba mi reloj obsesivamente. Y pensaba qué hubiera estado haciendo en ese mismo instante en esa otra vida que me habían extirpado. A veces me parecía que las agujas se desplazaban demasiado lentas. Entonces, me lo ponía en la oreja, cerraba los ojos y escuchaba el palpitar del segundero. Primero fue un juego, después un ritual que cumplía todos los días, como ahora, que al bajar el sol, trepaba la cuesta de un cerro, el 1005, para recluirme detrás de una mulera, cerrar los ojos y escuchar el tiempo. Antes de cerrar los ojos, todavía el sol no se había puesto. Al abrirlos, ya estaba oscuro.

Una de esas tardes, tres soldados viejos me agarraron por sorpresa. La claridad se apagaba. Y cuando abrí los ojos, ellos parecían haber estado siempre ahí, parados, mirándome desde arriba.

—Mirá, rubio —dijo uno—, antes de que te lo afanen, mejor lo donás el reloj.

Debí lanzarme entre ellos y correr ladera abajo, hacia las cuadras.

Me pusieron una sevillana en la garganta.

No se animarían a usarla, pensé.

Y me agrandé:

—Hijos de puta.

Pero estaba solo.

Primero fue un rodillazo en los huevos. Después una trompada que me acertó en la nuca. Puse una mano para amortiguar la caída. Y me patearon los riñones.

Ahora la oscuridad era total. Cegado, quise sobreponerme al dolor. Y cuando busqué incorporarme, una patada volvió a derribarme.

—Fino el relojito —decía otro, al alejarse.

Y allá abajo, en las cuadras, se habían prendido las luces. Y me parecieron amenazadoras. No obstante, tambaleándome, empecé el descenso, tropezando, cayéndome al principio, imponiéndome ocultar mi estado, sorbiéndome las lágrimas.

Pero no me salió del todo.

—¿Qué te pasó? —me preguntó el Topo.

—Me caí del cerro —le dije.

Sentados en la larga mesa del rancho, mientras comíamos, el Topo miró hacia la cabecera, ocupada por unos soldados viejos. Aunque éstos no habían sido, igual me miraban con sarcasmo.

—No te calientes —me dijo el Topo—. Yo los voy a cagar. Tomó algunas cucharadas de sopa.

Y dijo:

—Donde más les duele.

Frente a los soldados viejos éramos débiles, inexpertos. Estaban curtidos, eran fuertes y poderosos. Y todo lo que habían pasado, todo eso que era preciso vivir para poder comprenderlo, y que ellos pronto iban a dejar atrás, los acorazaba hostiles y sobrados, dándoles un aspecto de matones.

Y una vez, al mirar a nuestro alrededor, ensimismado, uno de los viejos nos dijo que había dos clases de verde:

—Está el verde esperanza. Y está el verde oliva. Mientras estén aquí, toda esperanza pinta verde oscura, como el verde oliva.

Y la misma mañana en que partieron los soldados viejos, poco antes de que traspusieran la guardia, el Topo apareció embarrado, con la cara machucada a golpes y la boca reventada en espumones de sangre y se refugió sigilosamente en la cuadra.

—Me caí de un cerro —dijo.

Lo sostuve, ayudándolo a llegar a su cama.

—Me fajaron —babeó—. Pero los cagué. Algún día te voy a contar.

*En el circo me enseñaron las piruetas
y yo así perdí mi ansiada libertad.*

En esos días me asignaron como escribiente en Mesa de Entradas, en el edificio de la Plana Mayor. Mi trabajo consistía en clasificar expedientes, sellarlos: SECRETO, RESERVADO, CONFIDENCIAL, y después en darles su pase. También debía repartir los sumarios que me pasaba diariamente el Topo, destinado en la oficina de Justicia, y entregarlos a los oficiales y suboficiales actuales.

A través de una puerta, Mesa de Entradas se comunicaba con la oficina del Correo. Y las dos dependían del cabo primero Ávila, un petiso bizco, siempre con cara de amargado, que se perfumaba con una fuerte colonia cítrica.

En esta rutina, la tarea que más dedicación me requería era lustrarle dos veces al día los borceguíes al cabo primero, una a la mañana y otra a la tarde. Si el cabo primero Ávila pensaba ir esa noche al pueblo a levantar, se ponía de un humor retorcido. Aunque su humor empeoraba todavía más al día siguiente, pronunciándole la bizquera y la amargura de la cara.

—Fíjese, tagarna —me decía—. Tiene que limpiar mejor.

Y le estampaba un sonoro gargajo a cada borceguí. Arrodillado, con un trapo, yo limpiaba. Y con un cepillo, le desparramaba de nuevo la pomada negra. Y después, con una franela, le sacaba brillo.

En poco tiempo nos habíamos adaptado a la vida militar. Y esta vida que, en un principio, nos excedía, y nos amedrentaba con su disciplina, ahora, de golpe, se presentaba en su verdadera esencia monótona y constrictora. Si era verdad que la paz, para los militares, era la preparación para la guerra, empezábamos a dudar de la naturaleza de esta preparación. Se trataba de obedecer sin hacer preguntas, sin dudar del sentido de la orden.

Había que hacer lo que hacían todos. Había que marcar el paso al mismo tiempo que los otros. Había que mirar la nuca del que estaba adelante. Y había que cumplir, indefectiblemente, la voluntad del superior. La vida del soldado es simple. Únicamente tiene que estar dispuesto a obedecer, así como obedece el superior, quien a su vez tiene a un superior. En el fondo, pensábamos, no había nada tan tranquilizador para las conciencias perezosas como esta disciplina, con sus leyes, sus artículos. Había manuales, pero no hacía falta consultarlos. En el cuartel no había que hacerse ninguna pregunta. En la cuadra, en la mulera, en el depósito, en el taller, en las oficinas, en la pista de combate o en la plaza de armas, todo estaba prefijado. Siempre había sido así. Ahora era así. Y siempre iba a ser así. Todos los días, siempre, desde diana, pasando por la formación, el izado de la bandera y las infinitas, monacordes, tediosas y agobiantes prácticas de desfile y ejercicios de combate. Y la preparación para la guerra, pensábamos, se parecía bastante a la preparación de una preparación. Y si alguna vez llegaba ese momento, entonces había que tener los borceguíes bien lustrados, tan brillantes como los del cabo primero Ávila.

—No me haga enojar, tagarna —me decía—. ¿No ve que les falta brillo?

Y disparaba otro gargajo.

Y yo lustraba.

Y los dos colimbas chupamedias del cabo primero se reían por lo bajo cada vez que el cabo primero escupía. Esos dos hijos de puta agasajaban cada una de las humillaciones a que me sometía Ávila. Y reproducían, en pequeña escala, el sistema de vasallaje y corrupción que propicia la vida de cuartel. Los dos falderos de Ávila eran Castro y Ortega. Y trabajaban a sus órdenes en el Correo, un puesto ideal para obtener favores y pedir coimas. Castro: grandote, escurridizo, de manos chi-

cas y nerviosas, albino, con voz de mujer. Y Ortega: pálido, retraído, con un pelo tan negro que parecía teñido, te miraba siempre de reojo con sus ojos achinados y evasivos. Castro era de Baigorrita. Ortega de Junín, como el cabo primero. Y este origen común confería a Ortega y a su compañero una absoluta impunidad para exigir una atención por cada encomienda, por cada giro. Tenías que negociar con ellos. De las encomiendas te decomisaban una lata, un frasco, cigarrillos. De los giros, un diez por ciento. Y después le pasaban su parte al cabo primero, el *patroncito* como lo llamaban.

Sin embargo, el poder de los dos esbirros del cabo primero sufrió un cimbronazo cuando algunos de los que nos negábamos a transigir, dejamos de recibir correspondencia. A través de las cartas de otros, nos comunicamos con nuestros padres, angustiados por la interrupción de la correspondencia. Les llamaba la atención que no nos hubieran llegado los giros y encomiendas. De modo que una noche, después de convenirlo con el imaginaria, decidimos mantearlos. Castro consiguió escapar hacia los baños. Habíamos afilado los cuchillos del rancho. Esperamos a que saliera del retrete. Al día siguiente Ortega rengueaba, contuso, y Castro se tocaba la cicatriz que le cruzaba la cara.

De todos modos, cuando llegaba la correspondencia, cada carta era un mensaje del más allá. Aunque, si lo pensábamos, el más allá era esta guarnición enterrada entre cerros áridos y resecos.

Una tarde, después del reparto de la correspondencia, entré en Justicia. El Topo lloraba sobre una carta.

—¿Malas noticias? —le pregunté.

Me pasó la carta. Su padre le decía que él y su hermana lo extrañaban mucho, pero que no se “flagelara”. Se encontraban bien de salud. Después, arremetía con una serie de consejos

que tenían solemnidad de máximas. “Acordate del Martín Fierro”, le decía. “Hacéte amigo del juez”. Y también: “Pensá siempre por vos. Porque nadie lo hará en tu lugar”. El padre del Topo era como un Vizcacha: “No hay heroísmo más grande que el de cuidarse el culito, hijo mío. El prójimo, a quien conocerás en las malas, sólo te tiene en cuenta si disponés de vento”. Con la carta, el padre le adjuntaba un giro: “Y no lo despilfarrés en champagne”, le aclaraba.

—¿Por qué llorás?

—Porque miente como un perro, el hijo de puta —moqueó el Topo—. Me manda un giro haciéndose el gracioso, como si las cosas le fueran bien. Y le van para el orto. No quiero pensar en el sacrificio que hizo para girarme esta mierda. Vos no podés entender. No podés.

Se limpió los mocos con una mano. Y después se limpió la mano en la verde oliva.

—Mi viejo tuvo mosca, de la grosa. Fabricaba envases de plástico. Pero un día mi vieja lo plantó. Se fue a Norteamérica. Y allá vive con un negro. Para mi viejo fue la ruina. Empezó a irle todo pésimo. Se fundió. Cuando ya no podía caer más, un conde italiano, muy bacán, le tiró una cuarta. Y nos fuimos, él, mi hermana y yo, a vivir a la quinta del conde, en Monte Grande. Vivimos en una casilla, en el fondo. Mi viejo es el casero.

—¿Y tu hermana? ¿No labura?

—Mi hermana tiene siete años —dijo el Topo—. Y es mogólica.

“El sur es un destino de castigo”, escuchábamos. Y lo era.

A los oficiales castigados se los reconocía por el rencor y el desprecio con que consideraban a la tropa. Uno de los tipos a quien siempre convenía evitar y cruzárselo lo menos posible era la Conchuda Nabeiro. En unas maniobras había tirado mal una granada causando la muerte de un soldado de su compa-

ña. También lo evitaban, si podían, los sumbos, de quienes la Conchuda decía que sólo eran útiles para cebar mate. Perón, decía, había arruinado el ejército permitiendo el ingreso de los negros, que habían nacido para servir y no para el combate.

El jefe de la guarnición era el teniente coronel Hellman, un cíclope canoso y rubio, que se las daba de oficial SS. Se rumoreaba que Hellman había tenido a su cargo una guarnición más al sur. Y que los subordinados se le habían amotinado por su arbitraria interpretación de la disciplina. Por las noches, Hellman visitaba los calabozos ubicados en la guardia. Interrogaba a los presos. Si eras blanco y tu pelo no pasaba del castaño, te preguntaba qué hacías en la vida civil y por qué habías ido a parar a los dos por uno. Entonces te largaba una monserga para que corrigieras tu conducta y punto. Si eras morocho, estabas frito. Hellman te molía a trompadas.

En los dos por uno, paciente, esperaba nuestro futuro. Allí estaba encerrado aquel que habían descubierto haciéndose la paja en los cilindros del mate cocido. Allí estaba el que un día se aburrió de acatar órdenes y se quedó mudo. Y allí también estaba, pudriéndose, desde hacía meses, desde que lo habían capturado y remitido al cuartel, aquel desertor con fama de loco, que tal vez no lo fuera tanto. Después de todo, bastaba pasar un rato en los dos por uno para sentir que se te trastornaba la razón. Y era tan difusa la frontera entre los que estaban adentro y nosotros, que pensábamos cuándo nos tocaría caer. Porque también la raya que separaba nuestra libertad de aquel encierro era tenue y engañosa.

—Humillación y valor —decía el Topo.

Era sencillo advertir cuáles eran los milicos castigados. Eran aquellos que tenían más años de los que correspondían a su grado. Pero no era tan fácil darse cuenta cuáles eran los soldados que tenían antecedentes penales en su vida civil. No obs-

tante, al acceder a la documentación reservada, pronto supe quiénes tenían prontuario. Las caras no eran una pista. Todos nosotros teníamos la misma cara torva y cuarteada.

Sin embargo, las caras perdieron esa expresión delictiva y se iluminaron con una alegría infantil el último día de abril, cuando empezaron a caer los primeros copos.

Corrimos bajo la nieve, con los brazos abiertos.

Pero la Conchuda nos sorprendió por detrás. Un pito, cuerpo a tierra. Dos pitos, carrera march. Y nos llevó bailando cuesta arriba, hacia las muleras, bajo la nevada cada vez más tupida.

Negó toda la semana.

Y una noche, el Topo y yo nos pusimos los capotes y nos deslizamos en la penumbra de la cuadra.

—Humillación y valor —me había dicho el Topo. Ése era su lema. Y también, nuestra contraseña.

—Para servir a la puta —le dije. El Topo tenía cigarrillos y ginebra. Sobornamos al imaginaria para que nos cubriera. Y después de convidarlo, nos fuimos a los baños. Estábamos ridículos en calzoncillos y camiseta debajo de los capotes. Temblábamos. Y los raspones de tantas caídas en las manos nos impedían tener bien el cigarrillo, cuidar su brasa de la corriente dura y helada que chiflaba en los ventanucos encima de los retretes.

El Topo pataleaba sentado en un piletón. Se tocaba pensativo la cara lastimada. Los machucones de la paliza se le estaban desinflamando.

—Tengo los pies congelados —dijo.

Sacó de un bolsillo un limón y terrones de azúcar.

—Ponete el terrón en la boca —me dijo—. Después, chupás la pulpa. Y te mandás un trago. Es como un gin tonic.

—¿Y el hielo?

—La nieve, loco.

—¿Vos estuviste preso?

El Topo se tocó el labio inferior, todavía hinchado.

—¿Quién te dijo?

—Vi tus papeles.

—Cosa de pendejos. Era menor. Zafé con una palanca.

Tomé un trago largo de ginebra.

—¿Se lo contaste a alguno? —preguntó haciéndose el indiferente.

—No.

—Vení, te voy a premiar por la discreción.

Pasamos por el detal. La plaza de armas era un desierto. Nos escurrimos afuera, en la noche blanca. Dimos la vuelta por la izquierda de la cuadra y encaramos hacia las muleras.

Pero el Topo se detuvo antes, frente a un galponcito. Empujó la puerta y entró. Lo oí moverse en la oscuridad. Había un olor ácido, animal. Hubo un ruido de metal. Y la luz de una linterna me encegueció. Con la linterna en una mano, el Topo revolvió entre unas monturas y unos aperos. Levantó unas matras y, debajo, encontró una mochila.

—Mirá —me dijo.

Atajé la mochila y la sacudí. Aunque estaba llena, no era pesada. La abrí. Tenía encendedores, portadocumentos, radios portátiles, cadenas de plata, anillos, billeteras, sevillanas de mango nacarado y llaveros. Aparté varios relojes. Y encontré el que me habían robado.

—Por esto me fajaron. Porque les cagué el botín.

—Gracias —le dije.

—Tengo cien años de perdón.

—¿Qué vas a hacer con todo esto?

—Veremos. Reducirlo por ahí.

Le di cuerda a mi reloj. Funcionaba.

—¿Volvemos?

—Bueno—dije

La ginebra nos hizo desviar. No recordaba haber pasado por los caños de desagüe.

—¿Seguimos?

—Dale—dijo el Topo.

Y nos adentramos en el bosque que se extendía más allá de la pista de combate. El cielo negro, los troncos negros, la nieve blanca. O el cielo azul, los troncos azules. Y la nieve, blanda, quemante. No sentía los pies. Estaba borracho.

—Debimos calzarnos, Topo —dije.

En ese bosque, decían, merodeaba “La Novia de la Muerte”. Era el fantasma de la hija de un principal, que se había suicidado con un tiro de Ballester Molina antes de salir para la iglesia el día de su casamiento. Se había enterado de que su novio la engañaba. Y desde entonces, el espíritu de la finada recorría la pista de combate y el bosque. La leyenda decía que “La Novia” surgía en las noches de nieve, asustando a los guardias. Si la mirabas fijo, te quedabas parálítico.

—¿Vos creés en los vampiros? —me tanteó el Topo.

—No jodas, que me estoy cagando encima.

Levanté el capote. Casi no alcancé a bajarme los calzoncillos.

—Mirá —se detuvo el Topo—. Es ella.

*Estoy muy solo y triste
acá en este mundo abandonado.
Tengo una idea: es la de irme
al lugar que yo más quiera.*

Nos encontraron en la claridad del amanecer, borrachos, purpúreos, entumecidos y semienterrados en la nieve, arañando el portón de Arsenales. Nos despacharon a los calabozos. Y después a la enfermería. Volábamos de fiebre.

Y cuando volvimos a la compañía nos miraban con sorna. Nos pedían, como prueba, que describiéramos a “La Novia”. Pero el Topo se negaba. Y al hacerlo, lograba el respeto de los más supersticiosos.

—Creer o reventar —decía—. Yo la vi.

—¿Y vos? —me sondeaban.

—Estaba muy en pedo. Sentí una cosa que me tocaba.

—Y te cagaste —me decían.

—Ustedes porque no estaban —salía en mi defensa el Topo.

*Tengo que conseguir
mucho madera,
tengo que conseguir
de donde pueda.*

Había una radio mal sintonizada. Al mover el dial, la transmisión se perdía entre chasquidos y descargas.

*Y cuando mi balsa esté lista
partiré hacia la locura.*

Atardecía y nevaba. Busqué un banco en un rincón del club de soldados. Le di cuerda al reloj. Cerré los ojos y me lo puse en la oreja. Pude aislar la canción de las voces y los otros sonidos. Después, la música también se esfumó. El segundero palpitaba sincronizado con mi corazón. Su bombeo rítmico coincidía con el oleaje de mi sangre. Lejos, muy lejos, era de noche en una playa. Yo tenía doce años. Y estaba parado frente al mar con mi padre, agarrado de su mano grande y fuerte. El océano chapoteaba hasta nuestros pies descalzos en la arena húmeda y tibia. El océano era misterioso como una revelación. Y las estrellas titilaban confirmándola.

—La inmensidad somos nosotros —dijo él—. La inmensidad sos vos.

Y podía ser cierto.

—¿Qué hora es? —me preguntó el Topo desde la superficie.

Abrí los ojos. Ya era de noche. Y la luz artificial del club de soldados fue como burbujas de lava en mis ojos. Se me había dormido una pierna. Sentí un escalofrío.